

**EDICIONES
IDEALES**

**50
GS**

**CHARLES
LAUGHTON
MAUREEN
O'SULLIVAN
DOROTHY
PETERSON**



JUSTICIA DIVINA

EDICIONES IDEALES

— DE —

La Novela Semanal Cinematográfica

(Publicación semanal
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis Ediciones BISTAGNE BARCELONA

Año I

Número 5

Justicia divina

Dramático asunto, interpretado por CHARLES LAUGHTON,
MAUREEN O'SULLIVAN, DOROTHY PETERSON,
VERRE TEADASLE, RAY MILLAND, etc.

Es un film de la famosa marca

Metro-Goldwyn-Mayer



Distribuido por

METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA, S. A.

Mallorca, 201 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Justicia divina

Argumento de la película

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

En aquella casa se respiraba la atmósfera densa y enervante de los lugares mucho tiempo cerrados. Estaba por alquilar y parecía flotar sobre ella como una aureola de temor.

El encargado de mostrarla a los presuntos inquilinos hacía el panegírico de aquella vivienda rústica, situada en las afueras de Londres.

Uno de los visitantes comentó:

—Es la primera vez que entro en una casa donde se ha cometido un crimen. Tiene cierta atracción para mí.

—Sin duda.

—Para mí de modo particular... ¡Ah!—añadió señalando un mueble del recibidor—. Allí veo el paraguas de Marble.

—¿Lo conocía usted?

—Yo fuí uno de los testigos del Estado. Conocía a la familia antes de que ocurriera el suceso.

—Que fué resonante.

—Y lleno de interés. He ahí el aparador de que entonces se habló tanto... donde Marble tenía el cianuro con su material fotográfico.

—¿Está usted seguro de que él la mató?

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

—Seguro. Dije yo que él era culpable... y éramos muy amigos.

—Pues...

—Le gritaba ella tanto, que el pobre perdió la cabeza... Debían a todo el mundo...

—Ciento... pero es que su mujer le pedía más de lo que él podía ganar... Siempre estaba pidiéndole... día y noche... como si el dinero fuera inagotable... Si estas paredes tuvieran oídos... podían haber oído muchas cosas...

—Tiene usted razón... Pero, a lo mejor, si pudieran hablar... quizás dijeran algo muy diferente...

Después de recorrer la casa, el caballero que conocía a los Marble tomó la determinación de no quedarse con ella. La sombra del crimen parecía proyectar un malestar siniestro... No... de ninguna manera...

¡Si aquellas paredes hubiesen hablado! ¡Con qué energía, con qué tenacidad hubiesen desmentido afirmaciones que pasaban por infalibles!...

Porque lo que en aquellos muros había ocurrido, lo que nadie sabía, era lo que vamos a relatar.

* * *

Aquella era la casa de William Marble, un empleado del Banco de Londres, hombre de mediana edad, bueno, honrado, que vivía con su esposa y con su hija, muchachita de diez y ocho años a quien la vida llenaba de dulces curiosidades.

El sueldo de Marble era escaso; no cubría su presupuesto. Y había que realizar verdaderos esfuerzos que su esposa, la buena Annie, efectuaba con verdadero equilibrio, procurando sortear a los mil acreedores que exigían sus cuentas. Marble era orgulloso y a nadie daba cuenta de su situación y aun parecía afrontarla con serenidad.

Aquella mañana, cuando Vinnie, la hija, se disponía a salir, preguntó a mamá:

—¿Se lo has dicho ya?

—Todavía no... Ahora le hablaré.

Papá estaba con su aire ligeramente indolente.

—Oye, Marble—dijo su esposa—. Ayer le pidieron dinero a Vinnie en la academia... Será una lástima que tenga que abandonar el curso.

—No tengo un céntimo. ¿Qué voy a hacer, si yo no gano más? Vinnie intervino:

—Pronto podría ser mecanógrafa... y ayudar.

—Te digo que no es posible. No tenemos nada hasta fin de mes.

—Pero, papá...

—Diles que no puedes seguir... Ni siquiera puedo pagar al lechero... ni al carnicero... ¿y crees que voy a poder pagar tu academia?

Y muy precipitadamente, después de besar a las dos mujeres, salió de la casa, bajo la preocupación, nerviosa y triste, de resolver una situación que se complicaba cada vez más.

Pasaba de prisa ante las tiendas, o daba rodeos para no toparse con quienes le podían exigir las cuentas.

Pero el carnicero le vió cruzar la calle y corrió hacia él.

—Señor Marble... acuérdese que me prometió que me pagaría el primero de mes... Y estamos ya...

—Sí, sí... Fallé en mis cálculos... Tenga un poco más de paciencia...

—No le puedo fiar ya ni un bisteck, si no me da algo de la cuenta.

—Procuraré hacerlo... no lo dude...

Y continuó, más amargado que antes, su camino, porque veía cómo iba quedando apresado por el estrecho dogal de los acreedores.

El carnicero comentó con uno de sus clientes, al volver a la tienda:

—¿Lo conoce?

—Creo que es empleado de un banco, ¿no?

—Sí... Y está empeñado en todas partes.

Llegó Marble al despacho. Iba como atónito, bajo dolorosas preocupaciones. Una larga hilera de fantasmas, acreedores suyos, parecía presentarse constantemente ante él. De un momento a otro, temía un cataclismo.

Marble se sentó ante su mesa de trabajo y comenzó a contar billetes.

Suspendió la tarea para hablar con uno de sus compañeros y decirle:

—Tenías razón. Ha empezado a subir el franco.

—Pues claro está. Los que especulan con él, seguro que se la bran una fortuna... A propósito, yo voy a jugar lo poquito que tengo. He de recoger dinero... Dime, ¿me puedes devolver las dos libras que me debes?

—Lo siento, amigo... no las tengo... Tan pronto pueda, te las entregaré.

Otro empleado le anunció:

—El director, señor Edward, quiere hablarle inmediatamente, señor Marble.

—¿A mí?

Extrañado de aquel llamamiento, cerró la mesa y se fué a la dirección.

Muy cortés, le recibió el director, y le dijo:

—El comerciante Norton Graig quiere demandarle a usted porque no le paga una factura que le debe.

Marble se inclinó. Era cierto. Y el director continuó impasible:

—Usted sabe bien que es regla estricta de este banco el despedir a todo empleado que se vea envuelto en algún litigio.

—Pero...

—Para todos el reglamento es igual... Hoy es sábado. El martes hará usted entrega de su destino. Nada más.

Desolado, en el rostro las huellas de un nuevo dolor, de una nueva inquietud, el pobre Marble volvió a su despacho, permaneciendo como alejado durante el resto del día.

Aquella determinación de la gerencia significaba hundirle definitivamente en los campos de la ruina. Por ningún lado donde dirigiese los ojos veía un resquicio de luz.

Cuando regresó a su casa, evitó hablar a su mujer y a su hija de aquella despedida, que les cerraba de un modo implacable los caminos de la comodidad. Pero, después de cenar, quiso averiguar cuánto debían en las tiendas y la buena esposa le presentó una larga lista que causaba espanto.

—Hay que pagar—dijo la mujer, mientras se enjugaba una lágrima—. El martes hemos de abonarlo.

Marble estalló, con el furor de la desesperación:

—Pero ¿esto qué es? ¡Cuánto dinero, cuánto! ¿Cómo te las

has arreglado para que la cuenta del lechero suba a cuarenta libras?

—¿Qué quieres? ¡Los gastos son tantos! Y con treinta y cinco chelines al día, no hay para nada.

Examinó Marble aquellas facturas odiosas.

—Hay muchas cosas que yo no pedí—dijo la mujer, excusándose.

—Si están en la factura... es que las pediste.

—No. Son tuyas.

—¿Cómo?

—Sí... Mira, la factura de la tienda de fotografía... Films... hiposulfito... cianuro...

—Eso sube poco. Es para la fotografía.

—El cianuro es veneno y cuesta caro.

—¿Veneno? ¡Ah, puede ser que lo necesitemos antes de acabar con todo esto!

—Marble... Cálmate.

Marble tiró las facturas sobre la mesa y murmuró ocultando la frente entre las manos, en la actitud del hombre que se ve desplomado y sin ayuda:

—Por las noches no puedo dormir... pensando... pensando... pensando...

* * *

El aire de la adversidad, que había ido filtrándose poco a poco sobre aquella casa, entraba a raudales por la puerta principal.

A la otra noche, la portera les entregó una nota del procurador de la casa, en la que les decía que, de no abonar inmediatamente los alquileres que tenían pendientes, les desahuciarían sin dilaciones.

Marble quedó atónito.

—Esto significa el arroyo.

—¡Marble! ¿Qué vamos a hacer?

—Yo no sé... El dinero no llega... Todo son amarguras, contrariidades...

—¿No puedes pedir aumento en el banco?

—En el banco?

Tuvo una sonrisa cruel. ¡Si ella supiera!

—¿Por qué no pruebas?

—No me aumentarían... Hay exceso de personal... El mejor día me despiden a mí también.

—¿Después de tantos años de servicio?

—¿Qué quieres? La injusticia reina en el mundo.

Su hija callaba con un gran disgusto en su corazón. ¡Si papá le permitiera que trabajase! Sentía cierto rencor contra su padre, porque no le daba dinero... ¡Ah, cierto que no entraban muchos ingresos en aquella casa, pero, ¿por qué papá gastaba tanto en cianuro y en otros ingredientes fotográficos? Esto era un vicio del que hubiera podido prescindir.

—¡Esta casa me cae encima!—comentó el padre andando a grandes zancadas—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué va a ser de nosotros?

En aquel instante llamaron con insistencia. Era una noche de lluvia y viento, y aquel sonido penetró en su alma como un mal augurio.

—¡Oh! Debe ser el alguacil—dijo la esposa—. Nos deben ya comunicar la noticia del desahucio.

—Abre.

Vinnie fué a abrir, mientras sus padres miraban atónitos al visitante, joven simpático, que muy cortés y sombrero en mano, saludó atentamente:

—¿Es ésta la casa del señor Marble?

Marble contestó:

—Sí... ¿Qué desea?

—No creo que me conozcan... Me llamo James... Mi madre era parienta de usted.

Aquellas explicaciones tranquilizaron un poco el ánimo excitado de la familia.

¡Era verdad! Marble tenía una prima... allá lejos... en Australia.

—Pase. ¡Qué agradable sorpresa! ¡Bienvenido a nuestra casa! Siéntese usted.

—Antes permítanme que despida al taxi.

Salió prestamente, y Marble, como iluminado por una idea, murmuró:

—La Providencia nos lo envía... Quizá nos pueda ayudar.

—Sería nuestra salvación.

—Le hablaré.

La esposa señaló una botella de licor.

—Es el único whisky que nos queda. Deberías de obsequiarle. El se lo arrebató con gesto hosco.

—Nada de eso. No quiero malgastarlo con un muchacho.

—Cállate, que ya está aquí.

James entró sonriente y, después de afectuosos cumplidos, se sentó.

Vió sobre la mesita un álbum de retratos, y dijo alegramente:

—Veo que es usted aficionado a la fotografía, señor Marble.

—Es mi única diversión.

—A mí también me gusta mucho.

No lejos de los dos hombres, permanecían en actitud expectativa las mujeres. Ellas y Marble pensaban lo mismo. Si aquel forastero, si aquel pariente lejano pudiera ayudarles en su dolorosa situación...

—Y ¿qué tal? ¿Cómo está su madre?

—Mamá murió.

—¡Oh! No sabíamos.

—También murió mi padre...

Hubo unos momentos de amargo silencio, evocando a las personas desaparecidas. Luego James continuó:

—Con ocasión de mi venida a la ciudad, he querido saludarles unos momentos. Tengo que marcharme pronto... Díganme, ¿pueden ustedes recomendarme un buen hotel? En el barco me han recomendado el Carlton...

—No es muy barato...

Sonrió James, y la esposa aclaró:

—Marble, eso no le debe importar al joven.

—Por fortuna, no.

—¿Por qué no se queda a cenar con nosotros?

—No, gracias... Lo que sí quisiera, sería fumar... Me olvidé el tabaco.

—Tome usted.

Le ofreció Marble algunos cigarrillos, que James guardó en su magnífica cigarrera de plata.

Los ojos de Marble parpadearon.

—Bonita cigarrera.

—Es monedero también... Aquí, al otro lado.
Y abriendo otro departamento, lo mostró lleno de billetes.
—¡Bien forrado va usted!—comentó Marble, tembloroso.
—Demasiado dinero para llevar encima—dijo Annie.
—No lo crea...

Por la imaginación de Marble pasaron sinuosos pensamientos. ¿No era aquel hombre providencial? Venía cargado de dinero, con la abundancia del rico que no repara en lo que tiene. ¡Magnífica ocasión para solicitar de él un préstamo, algo con qué mitigar la espantosa situación en que se encontraban!

Miró Marble a su esposa con una mirada honda y significativa. Ella pareció comprender y tembló...
Marble deseaba permanecer un rato a solas con su huésped, y así, de repente, se levantó y, mirando a su mujer, le dijo:
—¿Te sigues encontrando mal, verdad, Annie?... Mira... ¿Te duele mucho la cabeza?

Un poco desconcertada, contestó:

—Sí.
—James te dispensará, sin duda.
—No faltaba más.
—Mejor es que te vayas a acostar, Annie... Tú, Vinnie, acompaña a tu madre.
—Quien se va soy yo... Usted debe atender a su esposa—dijo James.
—¡Oh, no! Está ya Vinnie... Al fin y al cabo, no es nada importante... Y tendrá mucho gusto en charlar un rato con usted.
—Entonces... que usted se alivie, señora... Buenas noches, señorita.

Estrechó cariñosamente la mano de las dos mujeres, que salieron rápidamente, un poco extrañada Vinnie de la repentina e inesperada dolencia de mamá.

* * *

Ya solos los dos, Marble quiso tantear el terreno.
—¿Va a estar usted aquí mucho tiempo? ¿Se instalará definitivamente en la ciudad?

—Sí... si encuentro algo que hacer.
—A invertir su capital en negocios productivos, ¿no?
—Naturalmente.
Le brillaban los ojos a Marble. James tenía una expresión confiada, hasta un poco soñolienta.
Al cabo, Marble prosiguió:
—¿No sabe usted que estoy empleado en un banco?
—Lo ignoraba... Empleo seguro.
—Ayer me enteré precisamente de un gran asunto para ganar dinero.
—¿Y es?
—Que el franco va a subir como la espuma...
—¡Ah!—respondió indiferente.
Marble prosiguió, queriendo infiltrarle esperanzas:
—El que ahora compre francos, va a ganar una fortuna... Se le presenta ocasión de hacerlo... Puede usted comprar al margen... poniendo sólo el diez por ciento.

A James le fatigaba todo aquello. Ingeniero, amaba las grandes concepciones de su creación, pero le aburrían esas operaciones de Bolsa, donde, sin darse cuenta, se es millonario o mendigo. Movió la cabeza con gesto negativo.

—No me interesa.
—Pero, ¿por qué?
—Nunca fueron mi especialidad los negocios de Bolsa... No entiendo de ello.
—¿Y eso qué importa?
—Claro que importa. ¿Y el dinero? No lo voy a tirar así como así.
—Oigame usted. Usted tiene el capital... Yo los conocimientos, la experiencia en el negocio. Me da usted un tanto de su ganancia... y me conformo.

—No; ya le digo que eso no acaba de convencerme.
—Tiene usted la ocasión única de hacerse rico.
—¿Y por qué no lo hace usted mismo, sin complicarme a mí en ello?
—Porque se necesita capital... y no lo tengo...
—¡Ah!
Marble insistió, con la tenacidad del náufrago que se agarra a una tabla.
—Piénselo... No se arrepentirá.

—No es posible.

Su ruego tuvo acentos de desesperación:

—Ultimamente he estado muy mal de dinero... Si no encuentro cien libras, vamos al arroyo... Me desahucian... Y eso sería para mí morir de vergüenza... y para los míos algo realmente trágico. Yo se lo ruego, James, présteme cien libras hasta fin de mes.

Pero James parecía un hombre cerrado a todo espíritu de generosidad, taciturno, que no soltaba un céntimo.

—No puedo.

Ya le pesaba haber venido. Había creído encontrar una familia cordial, que le obsequiaría espléndidamente, y se hallaba ante un hombre que le pedía dinero.

—¡Sea bueno, James! ¡Lo necesito!—suplicaba el pobre empleado.

—No, no puedo... Además, esta conversación me molesta... Desde el momento en que he llegado, no está usted más que tratando de registrar mis bolsillos.

Marble calló. Sus ojos vagaron distraídos por la sala y de pronto vino a posarlos sobre la puerta que daba a una pequeña habitación, en la que guardaba sus útiles de fotografía.

Sin saber por qué, con una extraña asociación de ideas, pensó en la botella del cianuro, el terrible veneno mortal.

Fué como una descarga en todo su ser, como algo eléctrico que enloqueció su imaginación.

—Dispénseme... Tiene usted razón—dijo con una voz que parecía haberse transformado.

Y agregó a los pocos momentos:

—¿Quiere usted beber un poco conmigo?

—No me sentaría mal... Pero me voy ya...

—Antes de marchar, permítame que le ofrezca un vaso de buen vino. El camino se hará así más confortable.

—Bien.

—Aguarde usted.

Aquel hombre, cuya vida había sido siempre honrada y recta, acababa de torcer por un destino mortal.

Por primera vez, el crimen llegaba a él para nublar sus razonamientos, obscurecer lo que había sido la propia luz de su voluntad y envolverle en las sombras del mal.

Entró en el cuarto donde guardaba los accesorios de la fotografía.

En aquel instante no tenía más idea que la de apoderarse del dinero de James, dinero que aliviaría su situación, que sería base de grandes cosas.

Sus manos torpes cogieron la botella del cianuro y vertieron su líquido en una de las copas llenas de licor.

Y así, hierático, frío, estirado como un fantasma, volvió al lado de James y le presentó en bandeja de plata la copa donde había el tóxico implacable.

Marble tenía que realizar esfuerzos soberanos para no desmayar, al ver cómo James, inocentemente, cogía la copa y bebía su contenido.

A Marble le pareció que aquella copa era roja... roja como el infierno...

* * *

Cuando, a la mañana siguiente, su esposa se levantó temprano, encontró a Marble pálido, en las facciones las huellas de la larga noche sin dormir, en el traje grandes manchas de barro.

En todo él había como una expresión de espanto y sus ojos iban de vez en cuando hacia el jardín, contemplando un sitio de tierra que parecía recién removida.

—¿Qué pasó anoche?—preguntó la esposa.

—Pues...

Y antes de que pudiera responder, la esposa le indicó:

—¿Cómo vas, Marble? Tu traje está hecho una calamidad. ¡Válgame Dios!

Poniéndose las manos sobre el pecho, contestó, simulando una sonrisa:

—Me he caído hace poco... Se ha marchado James. Estaba muy oscuro... y me caí en el jardín al ir a buscar un taxi para él...

Entró Vinnie, quien comentó igualmente el aspecto desaliñado y el gesto tembloroso y triste de papá.

—No parece sino que hayas disputado, papá.
 —¡Qué tontería! Nos hemos hecho muy amigos.
 —Sí. James es muy simpático.
 —¿Volverá?
 —No...
 —No os he oído esta noche—dijo Annie—. Y eso que me desperté una vez... Silbaba el viento de un modo extraordinario.
 —Ha llovido mucho.
 —Y oí unos ruidos extraños, que no acierto a definir lo que eran.
 —¿Ruidos, tú?
 —Sí... Como si estuviesen arrastrando muebles...
 —¡Aun sueñas!
 Su esposa comprendía que algo extraño, algo grave, ocurría a Marble.
 —¡Qué traje llevas! — insistió—. Debíamos mandarlo a la tienda, pero les debemos tanto...
 Sonrió Marble, y aprovechando el que su hija había marchado, sacó un fajo de billetes. Su rostro se dilató con una mueca que quería ser feliz y resultaba grotesca.
 —Págales... paga a todo el mundo... Se han terminado las penas.
 —¡Eh! ¿Qué es eso?—pestaneó asustada.
 —Dinero, ¿no ves?
 —¿Te lo prestó James?
 Bajó mucho la voz:
 —Sí.
 —¡Oh, se lo tenemos que devolver! No podemos gastarlo.
 —No te preocupes. Con el tiempo se lo devolveremos.
 —De verdad no comprendo. Tanta generosidad... ¿Le invitaste a beber whisky?
 —Hablemos de otra cosa.
 En aquel instante, sus ojos redondos y asombrados observaron que unos chiquillos iban a saltar la cerca del jardín, y corrió hacia allí como un loco, con un furor que asustó a su esposa, que nunca había visto a Marble tan violento.

¿Qué le ocurría? ¿Por qué se ponía así? ¿Por qué aquel dinero, en vez de proporcionarle felicidad, le daba tan siniestro aspecto?

Marble persiguió a los chiquillos que se pusieron en salvo ante su furioso avanzar.

Luego quedó extático en el jardín contemplando con ojos emocionados unos dos metros de tierra removida y de la que había desaparecido, la hierba, como recién cortada.

Pasó por la calle un vecino y se quedó contemplando a Marble:

—¿Qué? ¿Quitando la hierba?

—No, no—negó asustadísimo—. Probablemente ha sido el perro de nuestro vecino Kinston...

Buena faenita hizo. Por cierto que querría hablar con usted, Marble.

—¿Conmigo? ¿De qué?

—Nada grave. Hombre, no parece sino que tenga usted miedo.

—¿Miedo? ¡Yo?

Le abrió la puerta con extraño temor. El vecino entró en el comedor y saludó a Annie, luego dijo:

—¿Le gustaría vivir en otro lado?

Annie suspiró.

—¡Ya lo creo!

Tengo una casa muy bonita para alquilar... y más barata que ésta.

—Nos convendría. Pagamos demasiado.

Pero Marble interrumpió brutalmente:

—No queremos mudarnos... No nos vamos a mudar nunca... No, no...

Y caminaba de un lado a otro, con una expresión de desequilibrio, de dolor moral...

La esposa dijo al oído de su visitante:

—Estoy asustada... Hace unas cosas muy extrañas.

—Oiga, señor Marble...

—Nada quiero oír... No quiero que hablen de eso...

Se marchó el vecino, extrañado de las absurdas maneras de Marble, antes siempre tan cortés con todo el mundo, y Marble, al quedar a solas con su mujer, repitió:

—No nos iremos... no nos iremos aunque tengamos que comprar la casa.

—¿Cómo la vamos a comprar?

—Tendremos dinero para comprárla... No te preocunes... Sí... sí...

Y tomando febrilmente el sombrero, se alejó, mientras su esposa caía atormentada por el llanto y presintiendo dolorosos sucesos.

* * *

A la tarde siguiente, Marble, que había dado muestras de visible preocupación durante aquellas horas, llegó a su casa y mostró a su mujer numerosos objetos que había comprado.

Hizo traer, además, exquisitos manjares de los que no habían probado hacia mucho tiempo.

Y luego preciosas cosas para el adorno de su mujer y de su hija.

—Pero ¿qué significa eso? —le dijo seriamente Annie—. ¿Es que has ganado mucho?

Se echó a reír con una carcajada loca.

—Lo bastante para vivir con todo lujo el resto de nuestra vida.

—¿Y cómo has ganado tanto? ¿Has jugado?

—Con los frances... Pero tú no entiendes de eso...

—Dios mío! ¡Temo que hayas cometido alguna tontería...! Habrás jugado con dinero que no es tuyo... Vas a perder el empleo.

Rió de nuevo, risa sardónica y brutal, esta vez.

—El empleo me va a perder a mí.

Y luego, viendo la ventana por donde se miraba al jardín, exclamó, repentinamente furioso:

—Hay que poner cortinas nuevas. La vista del jardín me molesta, me abruma...

—¿Es que ahora no nos vamos a mudar a un barrio mejor?

—No... no podemos.

—Pero, ¿por qué ese cariño a la casa?

—He comprado la casa.

—¿Tú?

—La he comprado... Es mía... mía.

—Marble, te quiero ser sincera como te lo fuí toda nuestra vida. No entiendo lo que te ocurre. ¡Comprar esta casa!



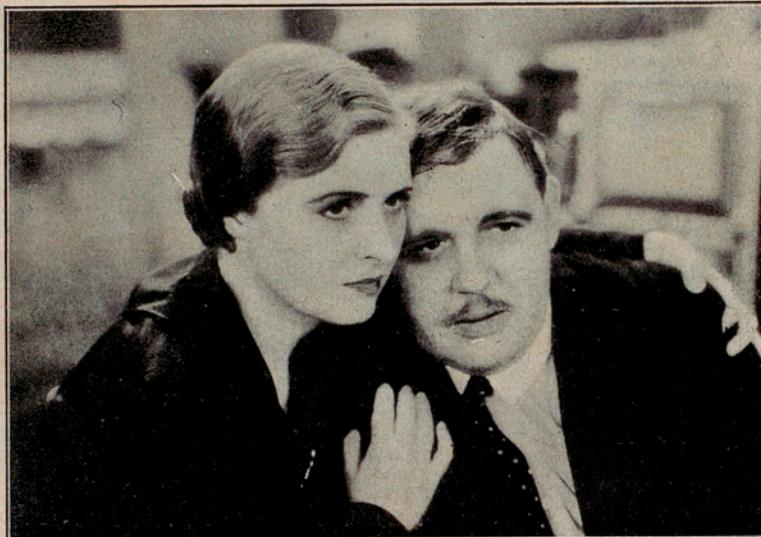
—No tenemos nada hasta fin de mes



—Esto significa el arroyo...



—¡Bienvenido a nuestra casa!



—Te veo siempre muy preocupado...



—¿Qué pensaría su mujer?



—Necesito trescientas libras...



—... ¿qué hiciste con ese hombre?



—Desde que tú sabes mi secreto, estoy mejor...

—He ganado mucho dinero... eso es todo... y quiero vivir en la casa de mis recuerdos... Te compraré muebles nuevos.

—Y habrá que renovarla... que pintarla...

—La pintaré yo... No quiero ver obreros en mi casa, no quiero recibir a nadie.

Y sus ojos iban directamente al jardín, como si él fuera la causa de su afán de soledad.

—¡Marble! ¡Cálmate, cálmate! —decía cada vez más inquieta la pobre señora—. Te hace falta un descanso. ¿Quieres ir de viaje mientras arreglan la casa, la pintan, la decoran, con arreglo a nuestra mejor posición?

—No... no me quiero ir...

—Estás muy nervioso, Marble... estás enfermo.

Negaba rotundamente.

—Nunca me he encontrado mejor.

—Alguien tiene que cuidarte...

—No quiero a nadie en casa, ¿entiendes? A nadie...

Al día siguiente trajeron nuevos muebles y aquella casa vió perder su fisonomía de vejez, pareció remozada en cuanto al mobiliario.

Annie ya tenía dinero en abundancia, pero no era feliz, viendo el estado de su esposo.

Pasaban los días, y aquella prosperidad material no iba acompañada por la alegría del espíritu.

Cada día más taciturno, más reconcentrado, más silenciosos, Marble tenía momentos agudos de neurastenia. Tenía un absoluto horror al jardín y había hecho cubrir las ventanas que daban a él, con espesas cortinas. Pero otras veces, por lo contrario, paseaba largas horas por el lugar de sus sufrimientos. Y es que el remordimiento, como una planta maldita, crecía en su corazón.

Allí, en aquel lugar removido, había la tumba de James Medland. La ambición, el ansia de cesar en una situación penosa, habían hecho realizar a Marble, el hombre siempre bueno, siempre de acorde con su conciencia moral, un crimen espantoso. Había envenenado con cianuro a James y para borrar toda huella de delito, una vez muerto, lo había arrastrado hasta el jardín y allí lo había enterrado a unos dos metros de tierra.

Por eso no quería marcharse de aquella casa, por eso no se marcharía nunca, temiendo que nuevos inquilinos pudieran descubrir alguna vez los restos humanos y reconstituir la tragedia. Y

allí permanecía con una guardia constante y nerviosa, dominado por los fantasmas de la moral que se abatían sobre él proyectando sombras en su existencia.

A Vinnie no le satisfacía tampoco aquella prosperidad que iba acompañada de un mal humor, de una agitación, de un doloroso estado de ánimo espiritual. Apenas estaba nunca en casa; iba a las academias a perfeccionar sus estudios y además, tenía novio y concentraba su vida en soñar en él.

Era la esposa la que observaba de continuo a aquel hombre al que parecían haber transformado. Terribles sospechas helaban el corazón de la pobre mujer que era más desdichada que cuando no tenía dinero.

Un día le interrogó, ampliamente.

—Te veo siempre muy preocupado, Marble...

Marble intentó sonreír con una sonrisa falsa, de mueca.

—¿Yo?

—Sí. Tienes como temores, como espantos. Saltas cuando tocan el timbre. Parece como si tuvieras miedo a la persecución de la justicia.

Marble palideció. Ella le miraba, queriendo desnudar los secretos de su corazón.

Al fin balbuceó:

—¿Qué has pensado de mí?

—Creo que lo sé.

Marble, sin apenas tomar aliento, dejóse caer en un diván.

—¿Lo sabes?

—Sí... sí...

—Annie... perdón... perdón.

Había en sus ojos una agitación terrible. Annie, casi con lágrimas en los ojos, agregó:

—No quisiera hablarte de eso... pero si el Banco mandase a alguien... al darse cuenta de que falta el dinero... tenía que saberlo... Tú has defraudado al Banco, ¿verdad? Le has robado el dinero.

Amplia, libremente, como tras una pesadilla mortal, respiró Marble.

¡Su esposa no sabía nada! ¡Lo ignoraba todo! Atribuía su inquietud a un robo, a una distracción de fondos. Del crimen, ni hablar...

Más tranquilo, dijo:

—Nada... No pienses en eso. No es verdad. Yo no he defraudado nada a sabiendas. Quizás únicamente algún negocio que falló... pero sin importancia.

—No obstante...

—Nada más.

Y no quiso continuar la conversación.

* * *

Marble quiso hacer obras en la casa. El mismo, con una tacañería que ninguno de los suyos comprendió, se comprometió a realizarlas. Y deseoso de estar completamente libre, ordenó que su mujer y su hija se fueran a vivir una temporada en otra población del campo.

Les entregó numerosos libros para que se entretuvieran durante el tiempo de ausencia. Y la esposa observó con extrañeza que algunos de los libros trataban de los casos de envenenamiento más famosos. Eran de su biblioteca y seguramente habían sido muy leídos a juzgar por lo manoseados que estaban.

Se fueron las dos mujeres a vivir durante una temporada al pueblo. Y Marble se apresuró a pintar algunas habitaciones siempre bajo su única y exclusiva vigilancia.

Por el barrio se sabía que Marble había hecho una fortuna. Ya no estaba en el Banco, ya pagaba a todo el mundo, pero cosa rara, no quería moverse de ninguna manera de aquel caserón que se caía de viejo.

Cerca de la casa había una tienda de flores, cuya dueña, madame Collins, una rubia extranjera, se fijaba a menudo en aquel señor tan solo que iba a la tienda de comestibles.

El tendero de ultramarinos le explicó quién era y cómo tenía ausente a su familia.

Aquella mujer, que era una aventurera a caza siempre de quien pudiera proporcionarle algún extraordinario ingreso, vió en Marble un filón a explotar.

—¿Ha ganado mucho?

—Una verdadera fortuna.

—¡Pobre señor! Tan solo...

Y sintió por él una falsa compasión que, a juicio del tendero de comestibles, demostraba el buen fondo de la vecina.

Y cierto día ella se hizo la encontradiza con Marble y entabló conversación con él.

—Tengo la tienda a la vuelta de la esquina y le conozco de verle tanto pasar.

Marble, que nunca se había fijado en las mujeres, sonrió.

—Siempre hago el mismo camino.

—Usted es el famoso señor Marble, ¿verdad?

—¿Famoso?

—¿Cómo no? Todo el mundo sabe que ha hecho una fortuna... que entiende usted mucho de dinero.

—¡Oh, no tanto!

Pero al propio tiempo sentía halagada su vanidad.

—Mi marido no sabe nada de finanzas... Quisiera que me aconsejara usted. Soy muy atrevida...

—Pero si apenas entiendo...

Estaban junto a la casa de él y Marble tuvo que invitarla a entrar en ella, para que le explicase sus planes acerca de los negocios.

Con la mujer penetró una oleada de pecado, de sensualidad, de perfume penetrante.

—Siento que no esté mi esposa para que la hubiese atendido.

—¿Dónde está?

—Marcharon hace días...

—¡Qué casa tan bonita tiene usted! Y con qué buen gusto... Sintióse Marble mimado por el cortés piropo y miró de frente a aquella criatura que le sonreía de modo fascinador.

Hablaron: poco a poco, sin que él apenas se diese cuenta, iba vertiendo el veneno de su poder femenino.

—¡Es usted tan simpático! —le habló—. Es muy raro que no nos hayamos conocido antes...

—¡Y usted tan bonita! —dijo al fin.

—¡Qué galante!

Por primera vez Marble se sentía dominado por inquietudes inexplicables. Aquella mujer, aventurera de labios finos, iba apretándole con el dogal espléndido de su seducción.

—No me mueve nunca de la tienda. Por eso no tuve ocasión de conocerle antes.

—Florista, ¿no?

—Sí, pero los negocios están tan mal... Me encuentro al mismo tiempo tan sola...

—¿Es usted soltera?

—Casada—suspiró entornando los ojos—, pero mi marido está en el hospital.

—¡Pobre!

—¡La guerra... la maldita guerra! Todavía paga las consecuencias de una herida gravísima. ¡Es horrible! ¡Y eso así, para siempre, para toda la vida! Sin tener nunca un alma en quien confiar, un alma, por ejemplo, como la de usted.

El tiro fué tan directo que Marble, a pesar de su falta de costumbre con las mujeres, suspiró.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó de pronto.

—Mis amigos me llaman Rita.

—Pues Rita... sencillamente, es usted usted una hermosa mujer.

Y dominado por la fina sensualidad que escapaba de aquel cuerpo femenino, intentó besarla.

—¡Oh, no... no! —dijo con falso pudor—. ¿Qué pensaría su mujer?

—No habría de enterarse nunca.

Le amenazó sonriente.

—¡Es usted muy malito!

—Nunca he conocido una mujer como usted... créame.

—Marble... ¿habla usted en serio?

—Se lo prometo!

Y perdida la noción de las cosas, cayó en brazos de Rita, quien le besó en la boca, con un beso rotundo, fuerte y absorbente, que significaba dominación.

* * *

Llevaban más de tres semanas así. Rita pasaba todas las noches en casa de Marble, convertida en su amante.

Marble encontraba en la compañía de aquella mujer, en aquel

amor dado prodigamente, algo que le hacía olvidar el crimen que roía su conciencia como un gusano.

Se plegaba a todos los caprichos de la aventurera, con una donación total de su voluntad. Y ella pedía, exigía cada vez más, devorando los caudales del incauto.

Pero un día, la esposa y la hija anunciaron su vuelta y aunque Marble intentó oponerse no hubo manera de convencerlas... Y aquella noche era la última en que Marble y su amiga estaban a solas.

—La última noche—murmuró él con desconsuelo.

—Por el momento...

—Lo he pasado muy bien contigo, Rita... Casi me has hecho olvidar...

—¿Tienes secretos, dramas?

—Cada uno lleva el suyo en el corazón.

Rita sonrió y agregó al cabo de unos momentos en tono distraído:

—Tu mujer debe ser despreciable.

Marble protestó. El había sido infiel, pero Annie no se merecía una injuria.

—Annie es muy buena, mucho.

Un poco celosa contestó:

—Pues quédate con ella!

—Rita...

Ella cambió de expresión.

—Quiero hablarte, Marble. Necesito trescientas libras...

—¿Trescientas? Es mucho dinero...

Precisamente había realizado en aquellos últimos tiempos grandes gastos y se veía en la necesidad de ahorrar.

Ella protestó, altiva, con el poder de las mujeres seductoras:

—Si no te parece bien... déjalo... Y no me verás ya más.

La sola idea de que se marchase, de que no la volviera a ver, le estremeció.

—Acaso pueda hacer algo...

—¿De veras?

—Cuando te me acercas soy capaz de hacer cualquier cosa.

—Lo que eres un tacaño, un egoísta...

—No... no... No te vayas... Es terrible estar solo aquí.

Había tal angustia en sus palabras que Rita se sintió picada por la curiosidad.

—¿De qué tienes miedo?

—No puedo explicártelo... pero no te vayas...

—Debo marcharme ya, Marble.

—¡Rita!

La besó en los labios apasionadamente, y en aquel mismo momento apareció Vinnie, la hija de Marble, que se había adelantado mientras su madre pagaba el taxi que las había conducido.

Lanzó la muchacha una exclamación de asombro, y Marble se volvió, quedando pálido al ver a su hija.

Sin decir nada, Rita salió por la puerta que daba al jardín, desapareciendo prestamente.

El ultraje al honor familiar se retrataba en los ojos de la joven.

—¡Papá!

El balbució, torpe y nervioso:

—Es madame Collins... la dueña de la tienda... Quiere que tu madre vaya a comprar a su casa.

—Y por eso la besas, ¿no?

—Perdón, Vinnie... Fué una tontería... No se lo digas a mamá.

—No, no se lo diré... porque el disgusto la mataría...

No tardó en entrar mamá con su aire un poco invariablemente de enferma.

La abrazó él con afectada ternura ante los ojos hostiles de la hija.

—¿Estuviste bien, Annie?... He estado muy preocupado por ti.

—Sí?... ¿Y tú, Marble?

—Aburrido...

Bajó los ojos, parecía como si la conciencia le atormentase...

Pero los volvió a abrir desmesuradamente cuando ella le dijo con gran ansiedad:

—¿Vino a verte el señor Medland?

—¿Medland?... No... ¿Por qué?

—Lee este anuncio... Los abogados están buscando al señor Melland. Yo creí que sabías dónde estaba...

—¡Qué voy a saber!

Paseaba nervioso, violento, y ella contemplaba con espanto la actitud cada vez más angustiosa de su marido.

—¿De verdad no lo sabes?

—Pueden preguntar en el Banco. A mí qué me importa. No me hablas más de él, no quiero saber más de él.

Se alejó hacia su habitación mientras las dos mujeres comentaban el extraño desplante.

—¿No crees que está loco? —murmuró Vinnie.

—Se pone furioso cada vez que oye nombrar al señor Medland.

—Cómo está papá!

Hojeó unos libros que había sobre la mesa y comentó:

—Mira qué libros lee... Habla del envenenamiento con cianuro.

La esposa leyó los títulos de unos volúmenes que hablaban de aquella suerte de envenenamiento.

Volvió Marble y arrebató nervioso los libros a la esposa.

Vinnie, con un gesto de fatiga, se alejó, y Annie le dijo entonces mirándole fijamente, con una mirada que le parecía desnudar:

—¿Por qué lees ese libro? ¿Por qué te interesa tanto lo que aquí dice?

“Con cianuro puro la muerte es casi instantánea. Con agua puede causar la muerte en unos segundos.”

—¡Oh, nada... nada!...

Pero una sospecha, un dardo se clavó en el alma de la esposa, quien alargó el diario a Marble y dijo:

—Lee... lee...

Lleyó él tembloroso:

Rogamos al señor James Medland, recién llegado a Londres o al que conozca su dirección, que nos escriba inmediatamente. Smythe y Tichton, Melburne, Australia.

Marble jadeaba; aquella noticia le había causado estupor y un terror profundo.

—¡Annie!... ¡Annie!...

Ella comprendió de pronto; una luz de desnuda y trágica verdad iluminó su imaginación.

—Marble, tú... tú...

—¡No lo digas... no lo digas!... ¡Sí... sí... fuí yo... yo!... —repitió con espanto.

A Annie estuvo a punto de darle un síncope.

En voz muy baja, murmuró, al cabo:

—Marble, ¿qué hiciste con ese hombre?... ¡Ah, Marble!...

El se echó a llorar como un niño que confiesa su falta, y cayendo con la cabeza reclinada en el regazo de su mujer, entre lágrimas, entre suspiros entrecortados y terribles, confesó su crimen.

Un sentimiento de horror invadió a la esposa al enterarse de

ello, al comprender los motivos por los cuales Marble no se movía de casa, las causas de su desesperación y de su lento agonizar.

—¡Annie! ¡No me abandones... no me dejes!... ¡Fué una locura! —gemía él.

Anne lloró mucho, pero la vida en común, el amor que profesaba a su esposo, los largos años unidos, habían creado en su corazón un lazo indestructible.

—¡No me dejes!... ¡No me dejes! —suspiraba el desdichado.

—No... no te dejaré. Seré tu cómplice en el silencio... Hemos de callar... Sufriré contigo tu dolor.

—Annie... bendita mía...

Y la adoró con la locura de todos los desesperados que tienen por único consuelo una mujer.

* * *

Pasaron días. Sobre Annie, conocedora del secreto, flotaba la misma amargura que sobre su marido.

Vinnie apenas estaba en casa. El convencimiento de la infidelidad del padre le hacía doloroso el espectáculo de un hogar donde vivía la traición.

Pasaba la mayor parte del tiempo con sus lecciones o en casa de la familia de su novio.

Pero desde el descubrimiento de la deslealtad, también el carácter se le había agriado, y Annie, que desconocía esto, se extrañaba de la actitud de su hija.

—Ella no es la misma... La han cambiado... Cada vez viene más tarde.

Marble deseaba verse lo menos posible con Vinnie. Los ojos acusadores de ella le hacían daño.

—Estamos mejor solos...

—Pero nuestra hija...

—Se casará... Nos abandonará sin duda... Yo no tengo ya a nadie más que a ti, Annie.... Desde que tú sabes mi secreto, estoy mejor... El saberlo yo solo me volvía loco... A veces me olvido... luego... llaman a la puerta y creo que vienen por mí.

—No... no lo sabrá nadie.

Y quedaban abrazados con un sentimiento de miedo y de horror, como si vieran ya aparecer la sombra del verdugo.

Cierta noche, muy tarde ya, llegó Vinnie, a quien la vida en el hogar se le hacía cada vez más insufrible.

Protestó porque la cena no estaba en su punto y su madre tuvo que advertirla:

—Nosotros no somos tan quisquillosos, Vinnie.

Ella sonrió lanzando al aire las bocanadas de humo de su cigarrillo.

—¿Cómo? ¿Fumas cigarrillos?—protestó Annie.

—Sí... los puros no me gustan—respondió con desparpajo.

—No hables así a tu madre. No puedo tolerártelo—exclamó Marble. Y creo que ya es hora de que sientes la cabeza. No conozco a las gentes con quienes te tratas...

Ella se echó a reír.

—No los voy a invitar a que vengan aquí... No tenemos necesidad de vivir en esta pocilga y tú te empeñas en ello.

—¡Vinnie!

—Quisieras que fuera una ordinaria como tú, ¿eh?... Pero ya sé por qué te tienes cariño a la casa...

Y despechada y altiva, prosiguió:

—Por lo de madame Collins... Pregúntale, madre, por qué no quiere irse de esta casa... Pregúntale por madame Collins.

Los ojos le salían de las órbitas a Marble.

—Madame Collins se ha ido—dijo Annie, extrañada.

—Pero ya volverá, ya volverá por papá. ¡Adiós!

Cuando quedaron solos, la esposa giró sus ojos angustiados hacia Marble. Por primera vez los celos enroscábanse en su corazón.

—¿Por qué ha nombrado a madame Collins?

—No sabía lo que decía.

—Por algo lo debió decir... ¿La conoces?

—No.

—No podría vivir pensando que me eras infiel. Me mataría.

Marble, asustado, abrazó a su esposa.

—Te juro que no quiero a nadie... siempre te he querido a ti.

Annie sonrió y no quiso pensar más en si era o no cierta la infidelidad.

* * *

Annie sospechaba. En el fondo de su alma seguían vacilantes las luces de la sospecha. Pero eran cosas inconcretas, sin fundamento, y no osaba preguntar nada a su hija por el temor a la verdad. Pero aquellas inquietudes de su alma, la habían enfermado, la habían debilitado mucho. Y llevaba ya varios días acostada.

Marble la cuidaba amorosamente, con verdadero cariño.

—Hoy te sientes mejor, ¿verdad?—le dijo una mañana.

—No creas...

—Tengo que ir a comprar más naranjas para tu zumo.

Al regresar topó con un vecino que venía a preguntarle cómo se encontraba la enferma.

—Ha estado muy mala, pero ya se halla mejor.

—¿Quién la cuida y arregla la casa?

—Yo.

—Debía tener una enfermera.

—Sí... pero Annie quiere que la cuide yo... Creí que se moría... pero está mucho mejor.

La actitud de Marble preocupaba al vecindario. No permitía Marble que nadie se acercase a la esposa y es que temía que ésta en un momento de desvarío, pudiera confesar la verdad.

Entró en la casa, dió a Annie el zumo de naranjas y luego bajó el vaso al comedor. Al ir a guardarlo se encontró con Rita, que entraba furtivamente. Al verla sintió un desfallecimiento de su voluntad.

—Por favor, Rita... Mi mujer está muy enferma... No grites... Ella no debe enterarse.

Lanzó la aventureña una carcajada.

—¿Pero quieres a esa vieja?

—No la insultes. Vale mil veces más que tú.

—¡Ja, ja, ja!

—¡No grites! ¡No grites!...

La voz de la mujer había llegado a la habitación de arriba, donde estaba Annie.

Ella oyó el eco extraño, femenino, brutal y la voz de su marido ruda y poderosa.

Levantóse y de puntillas, sintiéndose vacilar sobre sus débiles piernas, bajó la escalera, y entreabriendo la puerta pudo ver a Rita y a Marble discutiendo. Un calor de fuego, salvaje y cruel, abrasó su corazón.

—Necesito quinientas libras, mi bien—le decía ella, abrazándole.

Marble intentó librarse de aquel abrazo poderoso.

—No las tengo... No puedo dártelas.

—Las necesito, ¿sabes?... Puedo decirle a tu mujer que pasamos tres semanas juntos.

—¡No se lo dirás nunca!

—No se lo diré, pero necesito el dinero... en recuerdo de nuestro amor, Marble, lo necesito... ¿No te acuerdas cuando venía aquí y me estrechabas en tus brazos, besándome locamente?...

—¡Rita!—suspiró, abrazándola.

La enferma, en silencio, desapareció. Se sentía morir. La traición era verdad, era dolorosamente exacta.

Loca de celos, de amor, con la imaginación dominada por terrible amargura, cogió el vaso en que antes había bebido el zumo de naranjas y se dirigió hacia la habitación donde Marble guardaba las cosas de la fotografía, y con la rapidez de las resoluciones impensadas y mortales, vertió en el vaso el cianuro y lo bebió, mezclado con agua.

Después, tambaleándose, volvió a su habitación, a su cama...

En tanto Rita y Marble cesaron aturdidos en su abrazo al oír que llamaban.

—Es el médico—dijo él—. ¡Vete!... Sal por detrás... Ya hablaremos más tarde.

Marble fué a abrir al doctor, un hombre severo y que sentía mucha antipatía por el dueño de aquella casa que, a pesar de sus recomendaciones, no había querido poner una enfermera a Annie.

—¿Cómo está Annie?

—Hoy se encuentra mejor.

—¿Le ha gustado el jugo de fruta?

—Sí... Le estaba preparando un poco más.

El doctor le observó; le pareció que temblaba.

—¿Qué le pasa a usted? Usted tiene muy mala cara... ¿No ha paseado por el jardín, como le recomendé?

—No he tenido tiempo.

—Mal hecho... Pero vamos a ver a la enferma.

Subieron a la habitación. Annie parecía dormir. La examinó el médico y, al cabo de unos instantes, pronunció estas terribles palabras:

—¡Ha muerto!

—¡Eh! ¿Cómo dice? ¡Annie!

La contemplaba con terror, sobrecogido por aquel fin inesperado, que le iba a dejar más solo.

El doctor examinó a la víctima y dijo con severidad:

—¿Hay veneno en la casa?

—Sí... Cianuro para la fotografía.

—¿Dónde está?

—Ahí, en el aparador... pero no puede haberlo tomado.

—Veamos...

Cogió una botella, en la que apenas quedaba un dedo del terrible veneno.

—¿Es esto?

—No hay apenas... y había la mitad. Eso es terrible... Yo no sé...

El médico le miró fijamente, y Marble tembló como si sospechara que fuera a acusarle de aquel crimen.

—¿Cuándo le ha dado usted el jugo?

—Hará una media hora.

—¿Ha visto usted cómo se lo bebía?

—Sí... y bajé el vaso.

—¿Dónde está el vaso? ¿Es ése?

—¡Oh, sí!...

—¿No dice usted que lo bajó? ¿Cómo se encuentra ahora aquí? No pudo haber subido solo...

—Yo no sé... yo no sé...—dijo con desesperación.

—Su mujer ha muerto envenenada por el cianuro... y usted le ha proporcionado el veneno. ¡Ahora comprendo por qué no quería usted que viniese una enfermera!

—¡No... no!

Pero el doctor, convencido de que había sido Marble el asesino, lo denunció inmediatamente. Y Marble, atontado, como loco, se dejó conducir sin pronunciar palabra, bajo el tormento de aquel inexplicable fin...

* * *

Llevaba varios meses en la cárcel, en espera del juicio... Marble, en la soledad de la prisión, pensaba en la infalibilidad de la justicia divina.

Sí; nadie, nadie escapa, tarde o temprano, a los efectos de la verdad. Nadie sabría nunca que Marble había matado con cianuro a James MedInd. Este crimen quedaría seguramente siempre entre las sombras... pero Dios se lo haría pagar de otra manera...

Los hombres le acusaban de haber matado con cianuro a su mujer; esto no era verdad, para él era un misterio el fin de la pobre Annie... aunque luego la luz se hizo en su imaginación, y pensó, recordando unas palabras de ella, si Annie se habría suicidado...

Sí... Así debía ser... Así sería... Le castigaban por un crimen que no había cometido, pero de esta forma se cumplía la justicia divina, pues iba a purgar por un delito que no había sido descubierto... Y allá en la soledad de la celda, se resignaba a la muerte del encierro atroz.

Un día, un rayo de luz bañó la habitación. Su hija, que no le había vuelto a ver desde la noche del crimen, estuvo a visitarle.

Ella no podía creer que papá fuera culpable, y se acurrucó en sus brazos, llorando amargamente... Y juntos evocaron con intensa emoción tantas horas vividas en que no se supieron comprender.

Marble lloraba.

—Estaba pensando en la primera vez que fuiste a la escuela... Tu madre creyó que perdía a su hijita... ¡Cómo te quería, cómo nos quería a todos!

—Sí, padre... mucho, ¡mucho! Pero ¿verdad que no fuiste tú... tú?

—Vinnie... ¡te lo juro! Mamá se debió suicidar... Oyó lo de Rita... estoy convencido de ello.

Un rayo de esperanza iluminó el corazón filial.

—Entonces, podríamos hacer algo... Puedes recobrar la libertad, la vida...

El negó enérgico, los ojos fijos en la lejanía imaginable...

—No, no... Es mejor así... Ahora estoy tranquilo... Voy a pagar...—continuó con tono profético—. Creemos que podemos escaparnos... pero tarde o temprano hay que pagar... No tengo miedo a nada... Tu madre, desde el cielo, me ayudará...

Estas palabras resultaron incomprensibles para la hija.

—Papá, no te entiendo. ¿Por qué no hablas?

—Reza por mí. No puedes hacer nada más.

Un carcelero anunció que el tiempo había terminado, y Vinnie, sin poder comprender, aún del todo, se alejó, mientras Marble volvía a quedar en las soledades de la celda.

Pagaba su culpa... Y, en medio de su remordimiento, era esto como una dulce satisfacción interior.

Pagaría con lo que fuera, con el presidio toda la vida, tal vez con la muerte... Y cuando hubiese expiado su culpa, Annie le esperaría allá en el otro mundo, donde reina la justicia.

Había cometido un crimen y tenía que saldarlo... Y se resignó a vivir o a morir, convencido de que si de la justicia humana puede uno escaparse, nadie se sustraerá a la de Dios.

FIN

Números publicados:

Reina el amor

por Claudette Colbert y Frederich March, etc.

El poder y la gloria

por Colleen Moore y Spencer Tracy

La vida empieza

por Loretta Young, Tommy Brown, etc.

— y —

Su última pelea

por Douglas Fairbanks, Jr. Loretta Young, etc

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Ultimos éxitos publicados:

LA HERMANA BLANCA

por Helen Hayes, Clark Gable, Lewis Stone.

La Reina Cristina de Suecia

por Greta Garbo, John Gilbert, Ian Keith, etc.

POR UN SOLO DESLIZ

(FUERA DE SERIE)
por Diane Sinclair y Lyman Williams.

¡SE HA FUGADO UN PRESO!

por Juan de Landa, Rosita Díaz, Ricardo Núñez, etc.

EL ERROR DE LOS PADRES

por Max Adalbert, Harald Paulsen, etc.

LA CIUDAD DE CARTÓN

por Catalina Bárcena, Antonio Moreno, etc.

HONDURAS DE INFIERNO

por Walter Huston, Madge Evans, etc.

DOÑA FRANCISQUITA

por Raquel Rodrigo, Matilde Vazquez, etc.

EL CAFÉ DE LA MARINA

por Rafael Rivelles, Gilberta Rougé, etc.

EL AGUA EN EL SUELO

por Maruchi Fresno, Luis Peña, Nicolás Navarro, etc.

Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

;No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.



E. B.

Precio: **50** céntimos